

GUILLERMO HOYOS VÁSQUEZ: TESTIMONIO PARA UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL

GUILLERMO HOYOS VÁSQUEZ: A TESTIMONY FOR AN INTELLECTUAL BIOGRAPHY

Óscar Mejía Quintana*

El artículo relata la labor intelectual y política de uno de los filósofos colombianos más destacados del siglo XX. Enfatiza su papel en la circulación de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt en el continente, especialmente de la obra de Jürgen Habermas. La posición política de la tendencia expuesta por Guillermo Hoyos se une a un esfuerzo de largo aliento por articular la filosofía con las ciencias sociales críticas, y con la praxis misma de la sociedad. Concluye destacando la labor de Hoyos en la consolidación de hábitos críticos de pensamiento en Colombia, a través de sus polémicas tanto con la perspectiva positivista del conocimiento como con la posmoderna.

Palabras clave: teoría crítica de la sociedad, Jürgen Habermas, filosofía en Colombia, Universidad Nacional, Guillermo Hoyos, crítica del positivismo.

O artigo descreve o trabalho intelectual e político de um dos filósofos colombianos mais destacados do século XX. Enfatiza o seu papel na divulgação da teoria crítica da Escola de Frankfurt no continente, especialmente da obra de Jürgen Habermas. À posição política da tendência apresentada por Guillermo Hoyos, se une um grande esforço por articular à filosofia com as ciências sociais críticas, bem como com a própria práxis da sociedade. Conclui destacando a relevância de Hoyos na consolidação dos hábitos críticos de pensamento em Colômbia, realizada por meio de suas polémicas tanto com a perspectiva positivista do conhecimento, quanto com a pós-moderna.

Palavras chave: teoria crítica da sociedade, Jürgen Habermas, filosofia em Colômbia, Universidade Nacional, Guillermo Hoyos, crítica do positivismo.

This article relates the intellectual and political work of one of the most renowned Colombian philosophers from the 20th century. It emphasizes his role in the spread in the continent of the Frankfurt School critical theory, especially the work of Jürgen Habermas. The political position of the tendencies exposed by Guillermo Hoyos joins itself to a long-term effort to articulate the philosophy with critical social sciences, as well as with the praxis of society. It concludes highlighting the work of Hoyos to consolidate critical thinking patterns in Colombia, by means of its controversies both with positivist knowledge perspectives as well as with postmodern thinking.

Key words: critical theory on society, Jürgen Habermas, Colombian philosophy, National University, Guillermo Hoyos, positivist criticism.

* Doctor en Filosofía Moral y Política de la Pacific Western University. Profesor Asociado de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad de los Andes, Bogotá (Colombia).
E-mail: omejia@uniandes.edu.co

CONTORNOS BIOGRÁFICOS

Guillermo Hoyos Vásquez nace en Medellín el 1° de septiembre de 1935 en una típica familia antioqueña cuyos tres hijos mayores optarán por la vida religiosa en la Compañía de Jesús, vocación que posteriormente él mismo también seguirá. Más antioqueño que “paisa”, sin duda es ello lo que le ha permitido tomar distancia de ese *ethos* dominante en los últimos tiempos, y rescatar lo auténtico de una tradición antioqueña que terminó secuestrada por la segunda.

Soy el último hijo de una familia típicamente antioqueña: padre de Marinilla, madre de Fredonia, tres hermanos mayores optaron por la vida religiosa en la Compañía de Jesús. Yo haría lo mismo. En esta tradición era obvia una posición política conservadora y una formación ideológica católica, acentuada por la educación impartida por los Hermanos de las Escuelas Cristianas del Instituto San Carlos de Medellín y luego del Colegio de los Jesuitas (cit. Tovar, 1998)¹.

Su influencia inicial es, pues, totalmente católica y, en particular, jesuítica, si bien ello le ofrece una formación humanística destacable que, sin duda, lo caracterizará por el resto de su vida. Pero lo notable ya es que, gracias a esta, se acerca tanto a la teología como a la filosofía, y esto, paradójicamente, le permite tomar distancia crítica no solo frente a una tendencia religiosa excluyente sino también frente a una formación filosófica eminentemente escolástica. Quienes han conocido a Guillermo Hoyos reconocen eso: más que un excelente filósofo es un gran ser humano, y



Antonio José Hoyos y Marta Vásquez, padres de Guillermo Hoyos, 1963.

seguramente esa peculiar unión de la simpatía antioqueña con lo más decantado de la formación católica logra el estupendo equilibrio de la personalidad firme pero cálida que siempre ha demostrado.

La formación de los jesuitas en los años 50 era fundamentalmente conservadora y marcadamente “católica” tradicionalista. Recuerdo todavía las reacciones al 9 de abril de 1948, vivido en la Escuela Apostólica del Mortiño, cerca a Zipaquirá. Eran la “chusma y los comunistas” (no muy lejanos del liberalismo) quienes pretendían tomarse revolucionariamente el poder y perseguir a la Iglesia. El argumento apologético de la única religión es quizá el que más se me ha grabado en la memoria y por ello el que más rechazo hoy [...] En este contexto tradicionalista, doctrinario y apologético [...] resulta curioso que la formación humanística fuera más abierta y pluralista que la formación filosófica. Pero es, sin embargo, explicable, dado



Primera comunión con su hermano Carlos Augusto, 1942, Medellín.

que la filosofía estaba concebida como preparación para una teología dogmática (*Ibid.*).

Pero es gracias a su adscripción a la Compañía de Jesús como Hoyos viaja a Europa en 1963, y es allí donde recibe una sólida formación no solo teológica sino, así mismo, filosófica y –permítaseme inferirlo– vivencial. Su distancia frente a todas las formas abiertas y sutiles del estalinismo y su asunción de una lectura crítica del marxismo provienen de este primer momento en Europa y de su acercamiento a la teología política que para entonces el Concilio Vaticano II ya ha propiciado en la Iglesia. En este contexto se produce su acercamiento filosófico a la Escuela de Frankfurt, que más tarde será decisiva en su vida académica, como tendremos oportunidad de verlo. Su primera experiencia en Europa, de más de diez años, tiene dos etapas diferentes, precedidas por un período de apropiación del alemán y de conocimiento inicial de



Con un compañero en el laboratorio de química, Universidad Javeriana. 1960.

la Alemania de posguerra. De este período inicial, Hoyos recuerda los meses transcurridos en Berlín, cerca del recién construido Muro. Allí es donde se hace antiestalinista al percibir lo que realmente se está organizando al otro lado en nombre de la revolución socialista.

Luego viene la primera etapa conformada por los estudios de teología en la Facultad Teológica de Francfort [...] Fueron años muy marcados por la renovación del Concilio Vaticano II, con todo lo que ello significó para la modernización de la Iglesia católica. No exagero si afirmo que mis maestros pertenecieron al grupo de teólogos que hicieron el Concilio: tres de ellos fueron teólogos conciliares. Pero toda la escuela teológica de Sankt Georgen estuvo metida en esa experiencia de debate en el interior de la teología católica, marcada por la personalidad y por el trabajo impresionante de Karl Rahner y también de H. U. von Balthasar y E. Schillebeeckx

[...] Esta experiencia de teología conciliar modernizadora [...] en un ambiente intelectual contestatario como el de Francfort en los años quizá más fecundos de la primera Teoría Crítica de la Sociedad, cuando en la Universidad de Francfort Theodor Adorno, Marx Horkheimer y Jürgen Habermas preparaban a quienes en mayo del 68 hicieron la revuelta, fue definitiva en mi formación intelectual (*Ibid.*).

En la segunda etapa de su estadía en Europa, sin embargo, en la Universidad de Colonia, Hoyos adopta la línea filosófica que hubiera querido que definiera su vida, lo que al final, pese a sus esfuerzos, solo ha logrado manifestarse tangencialmente: la fenomenología de Husserl, que, sin embargo, siempre será su plataforma de diálogo no solo con la teoría habermasiana sino también con Rawls y después con la posmodernidad.

La segunda etapa de mi permanencia en Alemania son seis

años de estudios doctorales de filosofía en la Universidad de Colonia, una de las más antiguas de Occidente [...] Llegué en 1967 a una Escuela de Filosofía marcada por tres líneas muy destacadas: la fenomenológica, representada por Ludwig Landgrebe, asistente de Edmund Husserl en Friburgo [...] la filosofía medieval viva en el Thomas Institut [...] y la filosofía del idealismo alemán. Fui discípulo de Landgrebe, de quien aprendí, además de fenomenología y mucha filosofía, cierto eclecticismo y sincretismo sensato. El Husserl de Ludwig Landgrebe, su asistente antes de la guerra, con quien comencé mis estudios de fenomenología en 1967 [...] era sobre todo el de *La crisis*. Él había colaborado en la elaboración de algunas de las obras del último Husserl [...] [y] su conocimiento de [...] categorías como “mundo de la vida” (*Lebenswelt*), “intencionalidad”, “historicidad”, etc., [lo] hacían el guía por excelencia para quien quisiera iniciarse en el estudio de las obras del último Husserl. Creo que, sin saberlo entonces, ya mi interés giraba en torno a la ética. El tema de mi doctorado lo delata: intencionalidad como responsabilidad, teleología de la historia y teleología de la intencionalidad en Husserl (*Ibid.*).

Pero lo sustancial de este momento, como ya lo advertía, y lo que ciertamente marcará su estilo y su talante será la experiencia de Mayo de 1968, que le abre los ojos no solo sobre la situación mundial sino igualmente sobre la condición colombiana. En efecto, Mayo del 68 cataliza un diálogo muy fecundo con la obra de los representantes de la Escuela de Frankfurt, donde sin duda despunta ya su inclinación por Habermas, pero también lo abre a



En la Universidad Javeriana con colegas de la Universidad Nacional y de la Universidad del Valle y con evaluadores internacionales

la teología de la liberación y le permite iniciar el giro de lo teológico a lo político-social que ya empieza a distanciarlo de las adscripciones religiosas.

En un principio, en Mayo del 68 [...] las universidades más tradicionales de Alemania [tuvieron] que confrontarse también con la revuelta. Pienso que sacamos buenos resultados de ella, pues desde entonces en nuestros seminarios estuvieron presentes también temas y autores relacionados con el pensamiento crítico y con la filosofía política. En el paro estudiantil de mayo del 68 leíamos *Conocimiento e interés* de Jürgen Habermas. El ambiente alemán cambió radicalmente [...] [S]e dio la discusión pública política y, aunque algunas veces faltó madurez y se demonizó a la izquierda y a los intelectuales, el balance de la evolución ideológica de la sociedad alemana en aquellos años es favorable. Pero, sobre todo, en especial por el ambiente provocado por Mayo del 68, me fui volviendo sumamente crítico con respecto a la situación social de Colombia. Si bien ya se percibían los ecos de la Teología Política y de su versión Latinoamericana y tercermundista,

la Teología de la Liberación, la perspectiva era más sociopolítica que teológica (*Ibíd.*).

Para Hoyos, la formación filosófica recibida en Colonia, marcada por el énfasis epistemológico de la fenomenología y la presencia de la Teoría crítica en el ambiente intelectual europeo, puso las bases de su desarrollo filosófico en la dirección que lo caracterizaría en adelante: la de la filosofía moral, política y jurídica, en la cual encontró la mejor matriz para una auténtica “filosofía latinoamericana”.

Su regreso a Colombia, todavía en el marco de la Compañía de Jesús, lo llevaría necesariamente a la Universidad Javeriana, al mismo Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y, sobre todo, al sector comprometido socialmente de los jesuitas, que siempre ha existido y que en Colombia, como en América Latina, había tenido un caldo de cultivo ideal en unas condiciones de exclusión y pobreza que, además de propiciar tales posturas, reclamaba de la sociedad civil y de la Iglesia defender posiciones más verticales. La contemplación filosófica empe-

zaba a verse complementada por un interés social y político que cada día parecía alejarlo más de las huestes religiosas.

Mi interés al regresar a Colombia era poder influir como intelectual en el cambio social. Mi pertenencia a la Compañía de Jesús me señalaba, como campo de trabajo obvio, la Facultad de Filosofía de la Universidad Javeriana. Desde el punto de vista de un compromiso más ético-político con el cambio social se presentaba como alternativa interesante el integrarme a una comunidad de jesuitas que trabajasen en el campo de lo social. En alguna de mis visitas desde Alemania a España había tenido la experiencia muy impactante de una comunidad de los así llamados en aquellos años “sacerdotes obreros”. Los jesuitas colombianos tenían entonces una obra que se llamaba CIAS (Centro de Investigación y Acción Social) que formaba una especie de red con obras semejantes en otros países de Latinoamérica [...] En 1973, año de mi vinculación a la cátedra, el ambiente entre los jóvenes estudiantes jesuitas estaba marcado por el compromiso ético-político con el cambio social. Exigían algo

semejante de sus maestros y de sus compañeros de comunidad. Todavía recuerdo una mañana de septiembre de ese mismo año —es decir, cuando apenas llevaba algo más de un mes de clases— cuando nos sorprendió la noticia del asesinato de Allende en Chile y del aborto de su experimento socialista por la reacción chilena y norteamericana (*Ibíd.*).

Claramente, como lo admitirá después, Hoyos y toda esta generación de jóvenes jesuitas y de otras comunidades —una generación que marcó los rumbos académicos del país— cambia la “meditación fenomenológica fundamental” de Husserl por el análisis de la situación política y social, dando lugar a que la rigurosa reflexión filosófica se relacione con aspectos de la práctica.

Todo esto termina derivando —las casualidades de la vida— en la convergencia de tres situaciones, una teórica y dos prácticas: el “bautizo” habermasiano, al traducir el primer texto de Habermas en Colombia —que será publicado en ese “incunable” que es la revista *Ideas y Valores* (No. 45, que aún conservo)—, “Conocimiento e interés” (1968); la fundación del Cinep y, finalmente, su vinculación con la Universidad Nacional de Colombia en momentos en que un rector de ascendencia progresista y un heideggeriano director del departamento de Filosofía propiciaban la “apertura filosófica” de la Universidad. El destino de Guillermo Hoyos parecía haber lanzado los dados apostándole, sin que él lo sospechara, a una sola dirección.

En esta nueva perspectiva de la filosofía [...] hice mi primera traducción al español de la

famosa lección inaugural de J. Habermas *Conocimiento e interés*; a esta siguió pronto la segunda: *Trabajo e interacción*. Ya para esa época [...] habíamos logrado crear [...] en La Merced [el] Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), que se convirtió en cierta forma en lugar de encuentro de quienes, desde una visión cristiana de la necesidad de cambio social, pensaban que este podría alcanzarse desde un compromiso político articulado en procesos educativos con pretensiones radicales de intervención pública popular. [R]ealizamos entonces en Sasaima, Cundinamarca, en noviembre de 1974, lo que llamamos el “Primer Seminario Nacional de Filosofía”, algo sumamente modesto, con veintidós profesores de filosofía de diversas universidades de Bogotá, Medellín y Cali. *Filosofía y sociedad*, publicado en junio de 1975 por el Cinep, recogía algunas de las ponencias, cuyos autores vale la pena retener: Francisco Jarauta, Jaime Barrera, Magdalena Holguín, Luis Enrique Orozco, Fabio Vélez, John Jairo Betancur, Carlos Bendaña, Luis J. Ortiz, Javier Domínguez. Con mi ponencia “Sociedad nueva y ética”, una lectura de la moral kantiana, creo, me gané la cátedra en la Universidad Nacional. Allí estaba Ramón Pérez Mantilla, quien hacía poco había sido nombrado director del Departamento de Filosofía por el rector Luis Carlos Pérez, en su empeño de renovación de la universidad.

EL HOYOS DE “CONOCIMIENTO E INTERÉS”

Conocí a Guillermo Hoyos Vásquez cuando cursaba tercer semestre de Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia, en la segunda

mitad de 1977. Después de dos semestres sin mayores sorpresas, salvo por las primeras pedreas y el inicio de los que serían los continuos cierres de la universidad, llegamos con la expectativa de tomar clase con uno de los grandes profesores del departamento de Filosofía, en ese momento hervidero político de la Universidad, donde se aireaban todas las corrientes ideológicas posibles. En ese contexto inicial llegamos a “ver Kant” con el profesor Hoyos, a quien precedía una fama dual: mientras para algunos era un sacerdote jesuita —incluso lo llamaban “padre” en las clases—, para otros era un joven maestro que, más allá de su dominio de Husserl o del mismo Kant, resonaba en los corredores de la facultad como uno de los exponentes colombianos de la Escuela de Frankfurt —muchos todavía no sabíamos ni qué era eso—, junto con otro maestro, Rubén Jaramillo, que inspiraba análogos respeto y admiración por su conocimiento de Horkheimer y Adorno, especialmente. Ambos promovían una línea crítica alternativa entre lo que ya entonces se denominaba el “mamertismo” de la izquierda tradicional y la izquierda guerrillera, tan en boga todavía en ese período.

Me honran con lo del principal gestor de la “teoría crítica”. Simplemente creo que he sido un buen divulgador de la filosofía de los pensadores de la Escuela de Frankfurt. En esta labor me ha acompañado Rubén Jaramillo, con matices a veces diferentes, sobre todo porque su fuerte ha sido el de los padres de la teoría, Adorno, Horkheimer y Marcuse, y mi énfasis ha sido toda la obra de Jürgen Habermas [...] Precisamente, una de las diferencias,

acentuadas por Habermas, con respecto a los fundadores de la teoría crítica, es que, mientras aquellos defendían una “teoría crítica de la sociedad”, él pretendió desarrollar una “teoría crítica de la sociedad”. Con esto quiere dar a entender el énfasis crítico, casi fundamentalista, de obras como *Dialéctica de la ilustración* o *Dialéctica negativa* y el énfasis constructivo o reconstructorio de su pensamiento (*Ibid.*).

No es de extrañar entonces que, con esa fama, Guillermo Hoyos se viera más como la proyección de la Escuela de Frankfurt que como la de Husserl, sobre cuya obra, como vimos, realmente había versado su doctorado en Alemania. Aunque el curso sobre Husserl era sin duda –en términos filosóficos– su “joya de la corona”, era el “Kant” de Hoyos el que despertaba, desde la primera sesión, fogosas expectativas, precisamente porque era el prelude obligado –o eso se creía– de Habermas, como también de Horkheimer y Adorno, aunque la relación causal no fuera para nada evidente y estuviera más forzada por el entusiasmo que por la razón. De cualquier forma, ese “Kant” de Hoyos le enseñó a toda una generación cuáles eran los límites de la razón teórica y dónde empezaban las andanzas de la razón práctica, que era en últimas la que apasionaba a quienes ya presentían el acecho del autoritarismo de nuestros tiempos, en especial al tenor del Estatuto de Seguridad vigente durante el período del tristemente célebre presidente Turbay Ayala.

Fue la misma época de la represión con base en el Estatuto de Seguridad del presidente Turbay.

El Cinep estuvo en la mira. El Partido Liberal instauró desde el gobierno, apoyado o tolerado por la opinión pública y por los medios, una de las olas represivas más absurdas que haya vivido Colombia [...] Los liberales no han podido distanciarse ni ideológica ni políticamente de esta concepción errónea del poder. Los conservadores, menos [...] [L]a doble moral es la que quita toda legitimidad a quienes, en las últimas décadas, han sido la clase política colombiana que ha administrado el poder del Estado (*Ibid.*).

El “Kant” de Hoyos tenía unas referencias especiales: nos remitía inicialmente al texto de Lucien Goldmann, *Introducción a la filosofía de Kant*, que lo contextualizaba no como el pesado autor de la *Crítica de la razón pura* (CRP) sino como el entusiasta seguidor de la Revolución francesa, para después ambientarnos a su obra con Cassirer y llevarnos enseguida a la lectura directa de la CRP. El problema de la libertad era el que Hoyos nos enseñó a rastrear y a comprender no solo como el límite infranqueable de la razón teórica sino también como el ideal regulativo de la razón práctica. No se podía ser socialista si no se reconocían los fundamentos de la libertad, y sin conocer aún a Rawls era imposible comprender cómo la justicia social había pasado históricamente por iguales libertades para todos. La libertad no era un discurso liberal: era una bandera social.

Recuerdo la primera vez que abordé a Guillermo, como muchos de nosotros le decíamos con un atrevimiento juvenil que solo hemos podido purgar forzándonos, como

castigo, a llamarlo como debemos y queremos hacerlo por respeto y reconocimiento: profesor Hoyos. A mi temerosa pregunta sobre los límites de la razón pura, Hoyos me remitió a “Conocimiento e interés”, uno de los textos emblemáticos del joven Habermas, donde establecía y delimitaba, para diferenciarlos y no confundirlos, los tres intereses dominantes del saber: en términos sencillos, el interés técnico para un conocimiento de la naturaleza, el interés intersubjetivo para un conocimiento de la sociedad y el interés emancipatorio para un conocimiento de la liberación.

Desde el comienzo de mi actividad en la cátedra y en publicaciones de la época orienté mi lectura de Husserl, en íntima relación ya entonces con las tesis de la Teoría Crítica de la Sociedad, hacia una epistemología de las ciencias sociales, lo que me llevó a la crítica del positivismo científico en dichos discursos. Para ello basta con leer diagonalmente “La conferencia de Viena”, *La crisis y La lógica* de Husserl y algunas de las obras más significativas de la Escuela de Frankfurt. Con Landgrebe habíamos realizado seminarios sobre estos temas: el concepto de ideología y *Conocimiento e interés* –la lección inaugural y el libro– de Habermas. Se tenía además toda la interpretación de la problemática del “mundo de la vida” en relación con la positivización de las ciencias (*Ibid.*).

Digo esto para mostrar por qué, en últimas, el “Kant” y el “Husserl” de Hoyos solo sirvieron a un propósito, que no era propiamente el que buscaban: introducir a Habermas, que, finalmente, después de tres décadas y todas sus etapas, sería quien

distinguiría a Guillermo Hoyos por ser su mayor y más grande comentarista y publicador no solo en Colombia sino en América Latina. Un Habermas que en ese momento constituía una radical alternativa democrática en un marco de represión, alimentando procesos alternativos, conceptuales y políticos que veían en el bipartidismo, más allá de la opinión académica de Hoyos —que incluso lo había visto como la posibilidad de pacificación del país en un momento dado—, la fuente de un esquema excluyente que era necesario confrontar, algo que Hoyos congraciaba con una militancia sin partido a favor de los desposeídos, no solo por el compromiso que su vinculación con el Cinep hacia obvio, sino también por su presencia al frente de procesos de defensa de vivienda popular en los cerros de Bogotá, que demostraba la estrecha relación habermasiana entre teoría y praxis que todavía el jesuita encarnaba con convicción y congruencia.

Además, su preocupación por la epistemología de las ciencias sociales lo llevó a establecer importantes relaciones con el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), de cuya comisión de trabajo “Epistemología y política” es fundador y ha sido coordinador desde el Cinep durante varios años. De esa época son dos publicaciones significativas, *Epistemología y política. Crítica al positivismo de las ciencias sociales en América Latina desde la racionalidad dialéctica* (1980) y *El sujeto como objeto de las ciencias sociales* (1982), en las cuales se recogen sendos seminarios de Clacso en Bogotá, en los que participaron filósofos y cientí-



En el Instituto Pensar, Universidad Javeriana, 2007.

ficos sociales de América Latina para discutir las relaciones entre los dos paradigmas.

Pero nuestra crítica al positivismo nunca fue anticientífica. Contábamos también con uno de los mejores conocedores de Heidegger y sabíamos de las trampas de sus cuestionamientos fundamentalistas. Esto no nos impedía proponer la tesis, que fue una de las primeras que inspiró mis trabajos de esa época: determinar y dar sentido a la racionalidad positiva desde la racionalidad dialéctica. Algo semejante a lo que formula Habermas en las relaciones entre mundo de la vida y sistema o entre racionalidad comunicativa y racionalidad estratégica.

EL HOYOS DE TEORÍA DE LA ACCIÓN COMUNICATIVA

El Habermas introducido por Hoyos en los setenta —de ahí el puente con Husserl— fue el de “Cono-

cimiento e interés”, donde la crítica al positivismo y la reivindicación del mundo de la vida ya despuntaban como las categorías “gancho” con que se identificarían las nuevas generaciones. Para muchos cansados de un marxismo ortodoxo desligado de la cotidianidad, aquel primer Habermas y ese primer Hoyos fueron el aire fresco que tanto necesitaba un ambiente intelectual polarizado entre el conservadurismo y la violencia. De ahí el impacto de aquel seminario, Marxismo y psicoanálisis, en el que Hoyos, junto a Rubén Jaramillo y otros jóvenes profesores y destacados estudiantes de la Universidad Nacional, presentaron en sociedad, diez años después de 1968, las nuevas corrientes teóricas que aún no habían aterrizado en nuestras tierras: la Teoría crítica, la discusión psicoanalítica de Freud, Reich, Marcuse, la antipsiquiatría de Laing y Cooper, el posestructu-



En Madrid con el filósofo Reyes Mate, las esposas de ambos y Javier Muguerza, 2007.

ralismo de Foucault, Deleuze y una pléyade de autores que destapaban las obstruidas arterias de un pensamiento convencional y un pensamiento “de izquierda”, ambos igual de dogmáticos y petrificados. El espíritu de la Constitución de 1991 se anticipó ahí, *avant la lettre*, en una pluralista, moderna y tolerante dinámica de renovación que más tarde recogería la Carta Magna.

Estos primeros años como profesor de la Universidad Nacional de Colombia traen cambios radicales a su vida. En 1978 deja la Compañía de Jesús y el sacerdocio. En 1981 funda con otros colegas, entre ellos Antanas Mockus, José Granés y Medófilo Medina, el Comité Amplio de Profesores, que lo impulsa como representante de los profesores en el Consejo Superior de la Universidad Nacional (1982-1984). En el trans-

curso de una de las mayores crisis de la Universidad es nombrado por el presidente Belisario Betancur miembro de la Comisión de Verificación de los Acuerdos de Paz con las Farc (1984), lo que le permite ser testigo presencial en Casa Verde, en La Uribe, de la fundación de la Unión Patriótica. Es asimismo nombrado coordinador de la Comisión de Diálogo Nacional “Universidad” en el proceso de paz con el M-19 y otros movimientos. Hoyos recordará esta etapa de compromiso político con la paz cuando, en 2007, de nuevo en condición de coordinador de la Comisión de “Solución Amistosa” con la Unión Patriótica, presencia cómo se disuelve en sus manos, por intolerancia de los unos y sobre todo por el autoritarismo guerrillero del Gobierno, la casi última esperanza de diálogo humanitario.

Lo que apenas era un bosquejo en Habermas –el ideal normativo de una comunicación no distorsionada– y que Hoyos incluso cataliza y potencia después de su comisión de estudios posdoctorales y año sabático (1985-1987), se convierte en un dispositivo conceptual sólido y proyectivo. Hoyos regresa de su sabático con la *Teoría de la acción comunicativa* del segundo Habermas asimilada filosóficamente –quedaría en deuda su asimilación sociojurídica, pero esa sería tarea de sus discípulos– y, en adelante, tanto en Bogotá como en el resto de Colombia y en América Latina, la “acción comunicacional”, como le gustaba denominarla según sus raíces alemanas, sería la estrategia política que no solo adoptaría sino también inculcaría –más allá de los partidos y el proselitismo– como opción emancipatoria en una sociedad cada vez más intemperante y atrancada.

Cuando en 1985-1987 estuve invitado en la Universidad de Wuppertal, tuve la oportunidad de profundizar en el pensamiento del que he denominado el segundo Habermas: el de la teoría de la acción comunicativa. Mi primer planteamiento con respecto al cambio de paradigma en relación con las tesis de *Conocimiento e interés* y con la fenomenología husserliana quedó consignado en un extenso artículo publicado en *Ideas y Valores*: “Comunicación y mundo de la vida” (1986) [...] A partir de ese momento me he ocupado en desarrollar una posición entre la fenomenología y la teoría de la acción comunicativa, es decir entre mundo de la vida y una concepción realmente intersubjetiva y no

monológica del mismo. De la fenomenología conservo la importancia de la subjetividad, lo concreto del mundo de la vida y el *pathos* de la responsabilidad; pero la teoría de la acción comunicativa supera definitivamente el solipsismo husserliano, hace explícito el horizonte de horizontes del mundo de la vida, al establecer desde un principio la interacción entre sujetos, y desarrolla histórica y socialmente la responsabilidad en la forma de los diversos usos de la razón práctica: el pragmático, el ético y el moral (*Ibid.*).

En este momento, Hoyos empieza una proyección determinante en dos contextos: primero, el de la Universidad Nacional de Colombia, que representaba y resumía el universo de la universidad pública y regional en Colombia –el segundo–, abriendo en las periferias escindidas de este país fracturado e imposible, en los intersticios segmentados de su resistencia, una luz de esperanza, la expectativa de un discurso democratizante. Hoyos adquiere en este lapso la estatura de un intelectual orgánico, pero no en favor de un partido sino de una idea, de una causa, de un movimiento: la apertura democrática de este país parroquial y pueblerino, democratizando la conciencia no solo de algunos sectores de esa élite que era o había sido su alumna, sino también de extensas capas medias y populares que recibirían clara y cristalinamente un solo mensaje: la comunicación puede más que la violencia. Una comunicación sin cartas marcadas, sin dados cargados, sin laberintos analíticos; una comunicación “frentera”, directa, al grano, sin rodeos, que permita concertar ho-

rizontes, visualizar caminos, definir principios comunes. Hoyos nos enseñó eso: que es posible entendernos hablando. Que hablar es mejor que “echar bala”.

EL HOYOS DE *FACTICIDAD Y VALIDEZ*

Volví a encontrar a Guillermo Hoyos al volver de mi doctorado en Estados Unidos, que me había llevado a Rawls y –gracias a Dios– me había alejado de la filosofía analítica, como les había ocurrido a este y a aquel. Las cosas eran muy diferentes y muy paradójicas: el departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, donde terminé graduándome y más tarde haciendo mi segundo doctorado bajo la dirección del profesor Hoyos –nunca he vuelto a llamarlo “Guillermo”–, era la ortodoxia, pero ya no del marxismo sino de la filosofía analítica. No fue muy simpático mi encuentro con Hoyos cuando lo volví a ver. Seguramente, mi pinta de burócrata –era profesor de la Universidad del Rosario y tenía que disfrazarme de traje y corbata antes de emigrar a la informalidad uniandina– despertaba análogas antipatías a las que me despierta a mí mismo hoy en día. Empecé a asistir a su seminario de maestría. Nunca en los seminarios de doctorado en Estados Unidos aprendí tanto de lo que ya sabía. Nunca leí con más de esa pasión con la que allá no había leído. Nunca asimilé tanto como leyendo lo que ya había leído. Nunca nadie me dirigió con mano tan suave y pulso tan firme por el camino que ya había investigado como Guillermo Hoyos. A mí y a decenas que semestre tras semestre llegaban a su seminario.

Ese fue el puente de Guillermo Hoyos no solo con el tercer Habermas sino también con Rawls. En efecto, Hoyos resumió en ese período lo que fue el Habermas de *Facticidad y validez* y el debate que se abría ya con Rawls. Esto le permitió explorar la tradición angloamericana y la famosa polémica liberal-comunitarista que en muchos sentidos había sido recogida por la Constitución de 1991 y que ya la jurisprudencia de la Corte Constitucional ponía de relieve en su proyección y sus tensiones. Habermas y Rawls le permiten a Hoyos consolidar dos propósitos: primero, la defensa de la Constitución de 1991 como proyecto democrático y democratizador, pese a sus debilidades; y, segundo, la fundamentación filosófica del Estado Democrático de Derecho como instrumento de reconciliación.

Fui un fervoroso de la Constitución desde el momento de su convocatoria; considero que de lo más torpe del presidente Gaviria fue el ataque a La Uribe el mismo día de las elecciones para la Constituyente, en lugar de haberlo aplazado hasta convencer a las Farc; tampoco estuve de acuerdo con el acoso para terminar su texto en solo cinco meses. Pero fui lector cuidadoso de la nueva Constitución y todavía lo soy. Considero que esta ya dio lo mejor de sí: hacer conciencia en el pueblo del principio de soberanía popular como procedimiento. Desde 1991 los colombianos saben que ellos mismos hacen y pueden hacer las constituciones. Así que si ahora en los procesos de paz hay que concertar una nueva Carta... mejor. Ya sabemos cómo se hacen, sabemos que deben participar todos, si



En San Juan, Argentina, 2006.

queremos que allí se invente un nuevo país “en el que quepamos todos” (*Ibid.*).

Pero todo esto se unió a un instrumento pedagógico que madura y se intensifica cualitativa y cuantitativamente en este período: el seminario investigativo alemán que Hoyos generaliza y abre más allá de las exigencias meramente académicas. Más que ser un medio pedagógico, los seminarios de Hoyos se convierten en un instrumento propedéutico de este último Habermas, de Rawls y de esa democracia participativa que —no sin cierto romanticismo— Hoyos veía defendida por estos autores. En mi opinión, como testigo de excepción de todo este período, logra Hoyos aquí articular sus antiguas líneas

de investigación: Kant, Husserl y el primer y el segundo Habermas son engranajes que alcanzan, con el Habermas-Rawls de este momento, su madurez y proyección conceptual más fina y acabada en el pensamiento de Guillermo Hoyos.

El fuerte de la propuesta de John Rawls es la estructura del modelo. En efecto, creo que frente a la crítica comunitarista a las morales kantianas solo quedaba la solución propuesta por Rawls: el “pluralismo razonable”. Este significa que yo reconozco la diversidad de morales, religiones, filosofías, visiones del mundo y de la vida y concepciones del bien y que, sin embargo, no renuncio a argumentar en asuntos de ética y moral en búsqueda del “consenso entrecruzado” sobre mínimos sobre los cuales sea posible construir las bases de la convivencia social contemporánea [...] Pero si el fuerte de la propuesta rawlsiana son las estructuras, el de la propuesta de Habermas es la participación política que da vida a esas estructuras y las pone en movimiento para que no se queden en meras formas contractuales. [S]i se relacionan dinámicamente [...] las visiones omnicomprendivas del bien, de la vida, de la moral, etc., el pluralismo razonable se va convirtiendo en forma de vida de las comunidades concretas. La participación política permite superar la mera tolerancia, que siempre sigue amenazando con volverse indiferencia, frivolidad y cinismo. Y es precisamente dicho compromiso, en su forma más actual de democracia participativa, el que mejor nos permite pasar del pluralismo razonable al acuerdo sobre mínimos, aquellos mínimos ético-políticos que pueden dar legitimidad a un patriotismo

constitucional, entendiendo la Constitución como cartilla de aprendizaje de formas de convivencia y de solución pacífica de los conflictos (*Ibid.*).

LA PROYECCIÓN NACIONAL E INTERNACIONAL

Esta etapa representó, además, la proyección nacional e internacional de Guillermo Hoyos. A su vuelta del año sabático inicia una etapa de consolidación académica que lo lleva a ser decano de la Facultad de Ciencias Humanas (1988-1990), miembro del Consejo del Programa Nacional de Ciencias Sociales y Humanas de Colciencias (1991-1995) y coordinador de la Comisión Nacional de Doctorados y Maestrías de Colombia del Consejo Nacional de Educación Superior (1995-1998). Años más tarde, este reconocimiento se verá convalidado con su nombramiento como miembro y coordinador del Consejo Nacional de Acreditación (2000-2005), miembro del Consejo Académico de la Academia Diplomática de San Carlos —del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia— (2000-2004), miembro del Consejo Nacional de Estudios Científicos de la Educación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y miembro del Consejo de Regentes de la Pontificia Universidad Javeriana (de 2003 en adelante), cargos y designaciones que sencillamente reconocen su dedicación a la academia y un protagonismo intelectual que muy pocos alcanzan a representar en Colombia.

Hoy considero que se han tomado al menos posiciones claras con respecto a la función de la

filosofía y las ciencias sociales críticas, que les permiten un desarrollo digno en el conjunto de los diversos saberes. Mi aporte a esta problemática no se quedó en la teoría; en los lugares en los que he podido intervenir he promovido las políticas correspondientes de desarrollo equitativo y equilibrado de las ciencias blandas: me refiero a mi pertenencia por cuatro años al Consejo Nacional de Ciencias Humanas y Sociales de Colciencias y a mi coordinación durante dos años y medio de la Comisión Nacional de Doctorados y Maestrías. Allí procuré defender en todo momento la necesidad de un desarrollo sustantivo de las ciencias de la discusión, dado que el problema del positivismo científico es más de desequilibrio y de unilateralidad desde las ciencias duras que de su propio desarrollo específico. Algo semejante he intentado desde la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (*Ibid.*).

Todo ese trabajo interno que, sin duda, ya se había ido proyectando en congresos y seminarios internacionales recibe en este período el reconocimiento espontáneo de la comunidad iberoamericana. Hoyos es invitado a hacer parte del Comité Académico de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía –ambicioso proyecto con treinta tomos publicados hasta hoy–, del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid), del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Autónoma de México y del Centro de Investigaciones Filosóficas de Buenos Aires, junto con los más destacados pensadores de España, Portugal y América Latina. Inicia así, con los más destacados filóso-



En los bosques de Viena con su esposa Patricia Santa María.

fos iberoamericanos, un diálogo de pares del que pocos, por no decir ninguno de los filósofos colombianos –pese a nuestros múltiples contactos– podría alardear. La Enciclopedia convierte a Hoyos en la punta de lanza del pensamiento filosófico colombiano y la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política lo catapulta, junto con otros distinguidos colegas del continente, al “Olimpo” filosófico de ambas orillas del Atlántico iberoamericano.

Pero Hoyos no es solo Iberoamérica. Sus lazos con el país donde obtuvo su doctorado –a diferencia de los de muchos egresados– se han mantenido con los años. Sus regulares invitaciones y visitas a Alemania le permiten mantener su línea

de investigación fenomenológica: con el apoyo de connotados discípulos, continúa impulsando el estudio de la fenomenología en la asociación que impulsa y de la que hace parte, y que empieza a tener notabilidad en los congresos interamericanos, si bien –a su pesar– no logra despertar el entusiasmo de su otra línea de investigación. La filosofía práctica es la principal filosofía en Colombia y América Latina, por encima de la filosofía teórica. El áter ego de la filosofía universal, el que se ha codeado de tú a tú con los filósofos de América y Europa mientras muchos otros andaban en sus guetos anónimos, el que daba línea en las ponencias centrales de congresos



Intervención en foro universitario.

y seminarios internacionales, el que ha representado el cosmopolitismo de este país todavía rural y campesino pese a nuestra pseudomodernización, y ha permitido proyectar una imagen de Colombia diferente a la de un presidente tomando tinto a lomos de un caballo como emblema de nacionalidad, ha sido, ante todo, Guillermo Hoyos –desde luego, sin demeritar el esfuerzo que muchos otros hayamos podido hacer en sentido análogo aunque nunca con tanto éxito–.

LA DIRECCIÓN DEL INSTITUTO PENSAR

A partir del primer semestre de 2000, Guillermo Hoyos se pensiona de la Universidad Nacional de Colombia y se retira de ella pese a habersele ofrecido –como se hacía por lo general con profesores de su talla–

una plaza como profesor especial. Él percibía lo que se fue confirmando: era solo un ofrecimiento. “La venganza de los lacayos”, como diría Cortázar, frustra al departamento y a la Universidad al impedirles seguir contando con los servicios de alguien que no solo le había dedicado décadas a la institución y a la unidad académica, sino también, con su nombre, le había dado brillo y presencia nacionales e internacionales. Esa triste página es mejor pasarla en estas líneas, pero no se olvida por la ingratitud que representó hacia uno de nuestros maestros excelsos.

Guillermo Hoyos vuelve entonces a la que ya ha sido su casa, la Pontificia Universidad Javeriana, y es nombrado director del Instituto Pensar. Esa experiencia constituye lo que me atrevería a llamar un “diálogo con la posmodernidad” que

quizás nunca antes había propiciado. Hoyos se encuentra con un centro de investigación dominado no por “monodisciplinarios analíticos” sino por “posmodernos interdisciplinarios”. Provenientes de todas las disciplinas, educados en Europa, Inglaterra y Estados Unidos en las líneas de estudios culturales, posestructuralismo, poscolonialismo, estudios críticos legales y feminismo; Hoyos encuentra un universo de investigadores que en la universidad pública e incluso en otras universidades privadas, como la Universidad de los Andes –a la que también había sido cercano– era difícil encontrar. El pluriverso posmoderno javeriano fue, me imagino, una situación que puso a prueba su cálida flema y su bonhomía, pero al mismo tiempo, después del estereotipado y previsible ambiente de la Nacional, un reto y una oportunidad encantadora. Hoyos logra así –paradójicamente, desde Husserl– establecer un puente teórico con la posmodernidad que lo abre, en los últimos diez años, a uno de los períodos no solo más variados de su vida sino también más sugestivos y refrescantes de su entera trayectoria académica.

Hay un pasaje en la Conferencia de Viena (1935) de Husserl que pareciera estar escrito para terciar en el debate entre modernos y posmodernos [...] Hay aspectos en ella que bien pudieran considerarse anticipaciones de la crítica posmoderna: la crítica al positivismo en su nivel más profundo, a saber, el del olvido del mundo de la vida; la disolución y descomposición del objeto en múltiples perspectivas y vivencias, y la concepción de la verdad más como idea regulativa que como programa preestablecido [...] En estas tesis es necesario ir

más allá de Husserl. Precisamente, una concepción comunicativa de la razón es lo que permite, aceptando plenamente las críticas posmodernas a la racionalidad de Occidente, responder, no maldiciendo de la razón, ni tampoco proclamando su resurrección con nuevos ropajes, sino proponiendo el pluralismo de la razón, la razón del nosotros, la razón en plural. Por tanto, sí a las críticas de los posmodernos a una razón protagonista, vanguardista, heroica, científico-técnica, que ni siquiera retrocede frente al holocausto, a la destrucción del planeta y a la pobreza absoluta. Pero no a las propuestas de olvidarse totalmente de la razón para volver a esteticismos incontrolables, nuevas religiones o relatos esotéricos [...] [L]a virtud de los posmodernos ha sido renovar la crítica contra cierto modernismo arrogante, para poder volver a la génesis de la modernidad (*Ibid.*).

Y AHÍ VA

El 1.º de septiembre de este año, Guillermo Hoyos cumplió 74 años. En el pasado Congreso Iberoamericano de Filosofía (Medellín, julio

de 2008) leyó la ponencia inaugural –yo la llamaría su testamento filosófico–, donde simplemente acredita la problemática que estas líneas han querido reconstruir. Fue un merecido homenaje, aplaudido por el enorme auditorio de la Universidad de Antioquia –solo una antigua colega se retiró del recinto–, en vida de quien ahí va y a quien –Dios así lo quiera– todavía le queda mucha tela por cortar. Unos meses antes, en la Feria del Libro de 2008, un voluminoso texto de sus discípulos, patrocinado por la Universidad del Norte, *La responsabilidad de pensar*, había dando cuenta de la “escuela de Hoyos” que se ha gestado bajo su égida.

La responsabilidad del pensar es el título del libro en mi homenaje. Yo mismo no hubiera podido elegir otro que expresara mejor la evolución de mi pensamiento y mi actual concepción acerca de lo que puede ser hacer filosofía hoy en Colombia [...] Y ustedes, sinceramente, me hacen sentir que un homenaje en tiempos de crisis, de acuerdo con la corpo-

reidad husserliana, subjetividad a “flor de piel”, ayuda a resignificar la finitud como gratuidad, como reconocimiento de amistad y como agradecimiento² (*Ibid.*).

No necesito “lambonearle” al profesor Hoyos: estas líneas son un testimonio de más de media vida, orgullosamente cercana a la suya y, desde hace varios años, también a la de Patricia, su excepcional esposa, compañera y consejera.

Permítaseme, pues, terminar convocando a una “junta de sombras” por quienes ya no están y emitir una nota de emoción, silenciosa, insondable y franca, hacia un hombre que ha representado, para cientos de sus discípulos, no solo la figura de un profesor, un intelectual o, incluso, un amigo en momentos difíciles, sino algo más insigne, que resume todo el aprecio y el respeto que un ser humano puede merecer: haber sido y seguir siendo un maestro íntegro, congruente y ejemplar para todos nosotros. Un Maestro del espíritu.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

NOTAS

¹ Entrevista concedida a Leonardo Tovar en julio de 1998 para *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana* (Bogotá, Universidad Santo Tomás), amablemente facilitada y autorizada por el entrevistado. Todas las citas se han tomado de esta entrevista.

² Palabras de agradecimiento de Guillermo Hoyos Vásquez en el lanzamiento del libro *La responsabilidad del pensar. Homenaje a Guillermo Hoyos Vásquez*, (2008).

HABERMAS, Jürgen, “Conocimiento e interés”, traducción Guillermo Hoyos, en: *Ideas y Valores*, Nos. 42 - 45, pp. 61-67

HOYOS, Guillermo, *Epistemología y política. Crítica al positivismo de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá, Cinep.

_____, 1982, *El sujeto como objeto de las ciencias sociales*, Bogotá, Cinep

ROCHA, Alfredo (ed.), 2008, *La responsabilidad del pensar. Homenaje a Guillermo Hoyos Vásquez*, Barranquilla, Uninorte.

TOVAR, Leonardo., 1998, “El compromiso ético del pensar: Entrevista con Guillermo Hoyos Vásquez, Colombia”, en: *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, No. 72-73, Bogotá, Universidad Santo Tomás, pp.45-62.